

no obstante, era social y distinguida, y que—como dice Grimm—tenía sobre la de nuestro tiempo la superioridad de que brotaba enteramente del carácter de cada pueblo y de cada clase, adaptándose perfectamente á sus particularidades. Aun los adversarios de aquella época no acaban de asombrarse de no poder encontrar en ella la grosería y la obscenidad que esperaban, sino de descubrir, por lo contrario, en aquellos hombres de sospechosa reputación, una gracia y una serenidad verdaderamente helénicas. Sí, aun cuando lo sientan, vense obligados á confesar que la Edad Media podía muy bien aplicarse el proverbio; alegre en el deber. ⁽¹⁾

Con todo, es de esperar que no se creará que todos aquellos poetas de amor, aquellos trovadores, aquellos coros de cantores, y aquellas sociedades de poetas no hicieron más que rendir homenaje á la sensualidad y al vicio. Verdad es que el placer que se experimentaba en el juego y en el canto, tan profundamente arraigado estaba en el espíritu de aquella época, que con frecuencia debía buscarse la ocasión de romper los límites permitidos. No sólo vióse obligada la Iglesia á reaccionar, con numerosas prescripciones, contra aquellos desórdenes, sino que también hombres joviales como Wolfram, encontraban inconvenientes muchas cosas que gustaban á las masas. A pesar de esto, los hombres de aquella época eran demasiado santos para prohibir brutalmente, con severidad completamente puritana y jansenista, todo juego y todo placer, á fin de prevenir semejantes males. De aquí que encontremos en todas partes, lo mismo en las esferas de la caballería profana que en las de la caballería religiosa, la alegría de la vida y el placer que proporcionaban los pasatiempos y los cantos. Apenas habían terminado la comida, cuando levantaban las mesas del comedor, y comenzaban los cantos y los relatos, es decir, recitaban poetas y cantores las viejas leyendas heroicas ó nuevos cantos líricos. Añadíanse á

(1) Freytag, *Aus dem Mittelalter (Bilder aus der deutsch. Vergangenheit)*, I, 5ª. edición, 516).

esto la música y la danza. ⁽¹⁾ Príncipes y grandes señores tenían en sus cortes cantores y músicos en gran número, para poder gozar siempre de la música y del canto en circunstancias solemnes. Según los curiosos estatutos de la corte de Jaime II de Mallorca, debían aumentar los esplendores de la corte y regocijar á los señores, á fin de que éstos no se entregasen á la cólera y á la melancolía, sino que fuesen buenos y clementes para con sus súbditos. ⁽²⁾ De aquí que los mejores príncipes encontrasen placer en tales divertimientos. El mismo San Luís hizo distribuir de una sola vez 2000 libras á cantores, suma ciertamente considerable para aquella época. ⁽³⁾ Los poemas religiosos y profanos están completamente llenos de instrumentos de cuerdas, de zampoñas, de maestros en el arte de tocar la flauta, el arpa, el violón, el pífano, el tambor, el trombón, del mismo modo que las obras en prosa aparecen atestadas de descripciones de fiestas innumerables. ⁽⁴⁾

«Las fiestas religiosas y profanas de la Edad Media,—dice un sabio, ciertamente no sospechoso de parcialidad con relación á esta época—llevaban el sello de una vida verdaderamente poética; todo estaba en ellas lleno de una alegría elevada. ¿Quién no envidiará á aquella época, cuando, entre nosotros, todo lo que se le asemeja es intencionalmente suprimido? ¿Qué efecto tan diferente del placer que nosotros experimentamos en nuestras reuniones privadas, alrededor de nuestras mesas de juego, en nuestras conversaciones literarias, en nuestras tertulias y en nuestros teatros, producían en la vida social aquellos ruidosos placeres públicos, tales como las fantásticas fiestas religiosas, las bacanales insensatas, las procesiones, las mascaradas, las carreras de disfraces, los tiros de ballesta, los juegos de carnaval, las órdenes de los locos y de los simples, las danzas campestres, las carreras, las procesiones de los

(1) Laurin, 1141 y sig. *Parzival*, 639 y sig. (Bartsch, 13, 363 y sig.).

(2) *Leg. Jacobi II Maioric.*, I, 28 (Bolland., Juni IV, XXIII y sig.).

(3) Aubertin, *Hist. de la langue et de la litt. franç.*, I, 162 y sig.

(4) Maurer, *Gesch. der Frohnhaefe*, II, 190 y sig., 397 y sig. Cheruel, *Dict. hist. des institutions de la France* (6), I, 416 y sig.

artesanos, la fiesta de la primavera, la fiesta de los niños! Preciso es haber perdido el sentido común para preferir nuestras alegrías á aquellos antiguos placeres. De vez en cuando, permitía entonces la Iglesia reír un poco con lo que era santo; los ciudadanos de sólido honor permitían igualmente traspasar algo los límites de lo permitido durante el carnaval, y los estatutos de las ciudades autorizaban también, en ciertos días, los juegos de azar, severamente prohibidos de ordinario. Hoy, no podemos sin permiso rogar á una orquesta que toque en la calle durante la noche. Allí donde echa uno una mirada sobre las fiestas y sobre las ferias, ¡qué franca alegría y qué santidad, como dice la *Crónica de Frankenberg!* Sin duda que los sermones rimados hechos por el obispo de los niños en la fiesta de San Gregorio, los cánticos de San Nicolás de Ruprecht, de San Martín, de los tres reyes magos, y los cantos de las procesiones, no tenían un valor poético muy notable, pero son extraordinariamente múltiples y variados, y denotan una observación sorprendente de la vida popular y de la naturaleza.» ⁽¹⁾

5. La vida interior y espiritual en la Edad Media.—

Lo que más sorprende al observador que examina con atención la Edad Media, es su independencia, su originalidad, su sano racionalismo, algo crudo á veces. En el arte y en la literatura de esta época, ciertamente no se trata de huir de la naturaleza ni de lo que es puramente humano; basta con recordar á Don Quijote y á la literatura clásica de España.

Casi lo mismo ocurre siempre en la Edad Media. No se negaba la naturaleza, sino que se procuraba ennoblecerla, y esto, por la naturaleza entera y por todo lo que es autorizado á moverse en el hombre. Jamás generación alguna ha aspirado á una humanidad más general. Más esta es una de sus cualidades de segundo orden. Los que ensalzan únicamente en ella el corazón, el idealismo, la imaginación, no conocen más que uno de sus aspectos; y los que le atri-

(1) Gervinus, *Gesch. der deutsch. Dichtung*, II, 277 y sig.

buyen especialmente un corazón femenino, ⁽¹⁾ no saben lo que se dicen. Con suposiciones tan arbitrarias como éstas, fácil es sin duda alguna comprender cómo se pueden descubrir en la Edad Media contradicciones y contrastes tan chocantes. Cada uno juzga á los demás según sus propias convicciones. Nuestra misma época, tan exclusiva y tan estrecha, que toma naturalmente su ideal por el ideal de la humanidad en general, cree que el exclusivismo es la primera condición de la perfección humana. ⁽²⁾ Y de ello resulta que se tome la complejidad por la desunión, porque no se conocen los lazos y los medios capaces de formar en el hombre una unidad viviente con multitud de cosas.

Si ha habido jamás una época de la que pueda decirse que ha realizado esfuerzos serios para hacer un hombre completo y para llegar á la verdadera humanidad, ha sido ciertamente la Edad Media. Y si en nuestros días buscamos modelos que nos orienten hacia el mismo fin, podemos formarnos resueltamente sobre los que esta época nos proporciona. Allí donde logró dominar, en la Edad Media, el espíritu cristiano, allí encontramos al hombre tal como debe ser, al hombre con sus cualidades, al hombre que ha corregido ó mejorado sus defectos, y los ha ennoblecido con lo que ha ennoblecido á la mujer. ⁽³⁾ No en vano los autores recomiendan al hombre, aun más que á la mujer, la práctica de la caridad cristiana. Por otra parte, no se habla en vano cuando se dice que las mujeres y las religiosas querían entonces revestirse de la dignidad de caballeros. Conducíanse como hombres, pero no se convertían en mujeres hombres; imposible sería representarse de este último modo una mujer de la Edad Media. El ideal de esta época no era un hombre ni una mujer, sino un ser que uniese en sí las mejores cualidades del uno y de la otra, en una palabra, un hombre completo.

(1) Carrière, *Die Kunst im Zusammenhang der Culturentwicklung*, III, II, 166.

(2) Cf. 1.^a part., XXI, 6.

(3) Cf. 1.^a part., XVI.

No decimos que esta época haya realizado este ideal; pero es ya un honor muy grande para ella haberlo entrevisto y haber aspirado por modo consciente á su realización más que ninguna otra. Y aun muchos lo realizaron de hecho. Si se comprendiese bien la empresa de la historia de la civilización, es decir, si se juzgasen los tiempos, no sólo según las aventuras novelescas y los crímenes que llenan los anales de la historia pública, sino según aquellos que son ornamento de la humanidad, que se complacen en trabajar en la oscuridad y el silencio antes que hacer hablar al mundo de ellos ó de hacer referir al papel sus propias invenciones, la confesión de estos hechos no tropezaría con dificultad alguna. Pero desgraciadamente es muy raro que se escriba la verdadera vida de estos hombres escogidos. Con frecuencia, aun lo poco que sabemos de estos nobilísimos representantes del espíritu de su época, no es apreciado, porque no se comprende su grandeza.

Aunque no encontremos sólo hombres perfectos entre los mejores de la Edad Media, no es menos cierto que esta época se distingue incontestablemente de las otras por la fuerza de la voluntad. Que éste ó aquél se batiesen de tal ó cual manera, poco importa; pero nadie podrá decir que careciesen de fuerza, de resolución y de valor. La hipocresía por cobardía era desconocida en los hombres de aquel tiempo. Nada querían hacer á medias, ni pecado, ni penitencia, ni virtud. La tendencia al vicio no era mayor que hoy, pero sí menos disimulada. La virtud era mucho más temeraria y constante, en una palabra, más caballeresca. Aquella raza caballeresca sólo conocía de nombre el pecado hereditario y el pecado en masa de nuestra generación, el respeto humano. Pero lo que constituía su mayor gloria era un sentimiento de justicia que apenas podemos comprender hoy día. Gastamos nuestra vida en pronunciar hermosas palabras sobre la virtud y en cometer acciones fútiles, y luego, nos sentimos agotados, siendo así que no es la fuerza la que nos ha abandonado, sino el placer por la vanidad. Y con esto, nos burlamos de los

que han creído deber reparar una vida llena de injusticias con una penitencia terrible, con grandiosas donaciones y con prácticas de piedad y de caridad. Pero en definitiva, ¿cuál de los dos extremos vale más, ó terminar, con el antiguo y nuevo Paganismo, una vida llena de crímenes con la especie de fuga más cobarde que se conoce, la fuga de la sinceridad, de la justicia y de la vida,—porque en esto consiste el suicidio—ó bien dar, por lo menos al final de la vida, una satisfacción caballeresca á la justicia de Dios pisoteada y al mundo? Felizmente, esto último era lo que ocurría en aquella época, hasta el punto de que casi podría decirse que constituía una moda en los más malos. Si aquellos hombres, llenos de indomable fuerza de voluntad, no se hubiesen penetrado de este modo del sentimiento de que existe una justicia inmutable é inexorable, y de un respeto verdaderamente caballeresco, por lo menos para con la autoridad sobrenatural, ¿qué hubiera sido del mundo en sus manos de hierro? ¡Y hoy son despreciados, especialmente porque respetaron la autoridad de la Iglesia! ¡Como si una voluntad fuerte y sin disciplina pudiera mantenerse sana y recta!

El respeto á la autoridad sobrenatural era, pues, el medio por el cual aquella fuerte razón logró la moderación y dulcificación de la voluntad, cualidades sin las que nadie será jamás hombre completo. Este mismo respeto por la palabra y voluntad de Dios, dió también á su espíritu, de un lado, la seguridad, y, de otro, la medida y la disciplina, igualmente indispensable para ser hombre completo. Porque precisamente en el dominio espiritual era donde aquella época tenía necesidad de dirección firme y segura, ya que la Edad Media fué ante todo una época de investigación, de reflexión y de estudio, ⁽¹⁾ pero no en el sentido de nuestros tiempos, á los cuales nos apresuramos á tributarle la doble gloria de ser una época de inteligencia y de invención. Decimos de *inteligencia*, porque, por desgracia,

(1) V. Vaublanc, *La France aux temps des Croisades*, III, 41 y sig. Kermel Digby, *Mores cathol. or Ages of Faith*, b. 8, ch. 5; II, 570 y sig.

cultivamos la inteligencia exclusivamente á expensas de la razón, y aun más de la voluntad y del corazón. Y añadimos de *invención*. *Encontrar* no es lo que más satisface el orgullo de los espíritus modernos, los cuales no quieren ni siquiera esto, porque de otro modo no glorificarían tanto la locura de Lessing; lo que desean es *inventar*. Con tal que algo sea nuevo, y jamás haya sido dicho, están contentos. Que ese algo sea verdadero ó falso, poco les importa. Muchos perderían hasta el entusiasmo, si esto no fuese así, porque ya no tendrían la esperanza de inventar algo nuevo.

En aquella época, se procuraba ante todo la verdad, viniese de donde viniese, de Jesucristo, de los paganos, de los judíos, de los sarracenos. Las gentes de la Edad Media estudiaban á los antiguos con verdadera avidez, no únicamente desde el punto de vista de la forma, como el Humanismo, sino para encontrar en ellos un fragmento de verdad por pequeño que fuese. Encontrar algo nuevo les importaba poco. Esta tendencia se apoderó de ellos más tarde, y no fué la última causa de la degeneración que produjo tantos enemigos á la escolástica en su ocaso. Pero tenían un espíritu saqueador, superior al de las mismas abejas. Jamás en época alguna emigraron los hombres tan lejos y en tan gran número, sólo para encontrar un maestro célebre ó una escuela floreciente. Fué aquella una época de cruzadas, no sólo para el Santo Sepulcro, sino también para la ciencia. No sabemos si Petrarca pensaba en la Edad Media al escribir estos versos; en todo caso le tributa una de las más justas alabanzas: «Sé que hubo un tiempo en que ya el niño chupaba la leche del honor, en que viejos y jóvenes tenían sed de obrar. Emigraban á países lejanos, y se apresuraban á franquear montes y mares, para recoger frutos y flores.»⁽¹⁾

Pero no se contentaban con merodear, sino que también trabajaban, y esto del modo que les era peculiar. Tampoco les arrebatava esto su independencia y su temeridad habi-

(1) Petrarca, *Canción*, X.

tuales. Aquellos hombres tan caballerescos jamás se resignaron á la condición de simples copistas. Su pluma era acerada como la espada y fuerte como la lanza. Cuanto encontraban, era considerado por ellos como botín de guerra, y de este modo, hacían lo que querían. Rechazaban lo que constituía para ellos un obstáculo, y se apropiaban, sin dejárselo arrebatarse por nadie, lo que podía aumentar su fuerza defensiva. En la guerra santa contra los enemigos de la verdad, y en las luchas caballerescas que sin cesar sostenían, dióles la escolástica una prontitud y una habilidad, que todavía hoy nos asombra. Del mismo modo que para los caballeros cubiertos de hierro de pies á cabeza ningún país era demasiado lejano, ni ningún enemigo demasiado poderoso, así también jamás adversario alguno vió á aquellos caballeros del espíritu volver la espalda en la refriega. Ninguna dificultad los espantaba, por grande, por difícil que fuese, ya que, en la severa disciplina intelectual á la que se habían sometido jovial y libremente, encontraban una fuerza y una certeza tal de la victoria, que los elevaba muy por encima de la fuerza humana, haciéndolos tanto más inquebrantables, cuanto que sabían con más seguridad que la dirección á que se habían sometido, no era puramente humana, sino divina. Se les ha censurado todo esto, pero nosotros precisamente por esta razón los alabamos, los tomamos por modelos, y sólo abrigamos un deseo; hacer lo que ellos.

Pero lo que más les envidiamos es la profundidad, el ardor y la grandeza de su corazón. Difícil es hallar una necesidad del mundo y del hombre, de que no se preocupasen, no ya con palabras vanas, sino con acciones vivientes, de cuyos frutos nos aprovechamos aun hoy día. No hay criatura alguna sobre la tierra ó bajo la tierra que no les interesase. ¡Qué sacrificios no hicieron para socorrer, por sus méritos, á las almas de aquellos que habían desaparecido de su ojos, pero no de su amor, y que no habían saldado la obligación común de expiar los pecados! Hasta experimentan sentimientos de dolorosa compasión con rela-

ción á aquellos que eternamente están alejados del amor de Dios. No sería posible imaginarse algo de más enternecedor que este cántico, difundido en multitud de formas, en el cual se acusa la Edad Media de haber contribuído á la muerte del Salvador más que los que le crucificaron y que el traidor Judas: «¿Qué has hecho, pobre Judas, traicionando así á tu Señor? Sufirás tormentos infernales, y eternamente serás el compañero de Lucifer. Nuestro gran pecado y nuestro crimen han clavado en cruz á Jesucristo, verdadero Hijo de Dios. Por eso no debemos injuriarte, á ti, pobre Judas, ni á la muchedumbre de los judíos. Nosotros somos los culpables.»⁽¹⁾

Aquí no encontramos nada de esa supuesta sed de sangre judía y herética, nada de la alegría sobre la suerte de los condenados al fuego infernal; por lo contrario, hubieran preferido dar su sangre, que siempre estaban dispuestos á verter por Jesucristo, si, con su efusión, hubiesen podido socorrer á los pobres extraviados. No escatimaban ni lágrimas, ni acciones tiernas, allí donde tenían razón de ser, y donde podían aprovechar á su alma y á una alma extraña. Conmover es ver cómo aquellos caballeros sabían orar, gemir y llorar. Preciso sería no tener corazón, para no enternecerse viendo con qué sinceridad aquellos rudos héroes se lamentaban de los sufrimientos de Jesús, confesaban sus pecados, secaban la sangre de las heridas y las lágrimas de los que lloraban, se perdonaban mutuamente sus faltas, y se recomendaban á Dios y á los santos en la hora de la muerte. Al llegar el momento decisivo, aquellos hombres de hierro confesaban sus pecados, se prosternaban en tierra en actitud de orar, y rogaban á Dios que tuviese en cuenta las heridas por las cuales salvó á los suyos.⁽²⁾ Dábanse en seguida el beso de paz,⁽³⁾ y se arrojaban como

(1) Wackernagel, *Das deutsche Kirchenlied*, II, 468 y sig. n. 616 y sig. 471, n. 624. Kehrein, *Die ältesten kathol. Gesangbücher*, n. 181, 8 (I, 408). V. además Hoffmann von Fallersleben, *Gesch. des deutsch. Kirchenliedes*, (3) 231.

(2) Kuonrât, *Rolandslied*, 3395 y sig., 3430 y sig., 7448, 7903 y sig., 8422. *Canción de Rolando*, 3100 y sig.

(3) Kuonrât, *Rolandslied*. 5780 y sig.

leones sobre el enemigo, cubierto de acero el cuerpo, protegida el alma por el amor de Dios, y más resplandeciente de pureza que la llama de una lámpara.⁽¹⁾ Y cuando caía un héroe, moría como víctima de su amor por Dios. Era aquel su día más hermoso, porque iba á recibir la recompensa de sus trabajos, á convertirse en hermano de los ángeles, á unirse con Dios, que vino al mundo por sus pecados, y que le hizo el honor de tomarle á su servicio.⁽²⁾ Tendíase en forma de cruz sobre la tierra húmeda y roja de su sangre. Así quería morir, confesando de nuevo sus pecados. Oraba por su querida y santa patria, por todos aquellos que, como él, sirven á Dios con la misma fidelidad. Elevaba las manos al cielo y decía: «¡Oh Señor, tú sabes que mi corazón quiere hablar de ti! ¡Haz gracia á mi alma!» Inclinaba luego su cabeza, y su alma volaba al Señor Todopoderoso en el que se regocijará eternamente.⁽³⁾

En verdad—no podemos negarlo—que era aquella una vida rica y llena, un mundo completo homogéneo. Si aquella vida ha superado de mucho á la nuestra, en contenido, en plenitud interna y en variedad de formas externas, en lo eclesiástico, científico, político, social y doméstico, todavía le supera más por la unidad que unía en un gran todo estos fenómenos tan originales y tan independientes. No ocurría como hoy, que sólo el círculo de un poder externo impide que se disloquen las partes individuales, sino que un poder interno las penetraba á todas, y sin perjudicar á su independencia y á sus particularidades, uníalas en un todo armonioso, y acababa siempre, tras mil lamentables errores, por realizar de nuevo la unidad y el orden. Era aquel el poder sobrenatural de la autoridad divina, la fe común, el mismo culto de Dios, el mismo amor á él, la adhesión á la misma dirección por la Iglesia de Dios.

Toda la vida de la Edad Media es la historia de los es-

(1) Kuonrât, *Ibid.*, 4859 y sig., 7880 y sig.

(2) Kuonrât, *Ibid.*, 6881 y sig.

(3) *Ibid.*, 6494 y sig., 6888 y sig. *Chanson de Roland*, 2013 y sig., 2237 y sig., 2355 y sig.